

LOS VERSOS DE CORDELIA

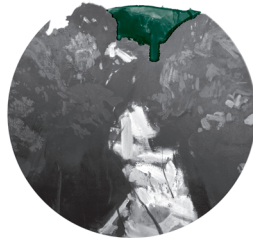
XVIII PREMIO DE POESÍA CIUDAD DE SALAMANCA

Un jurado presidido por Antonio Colinas Lobato e integrado por Asunción Escribano Hernández, Juan Antonio González Iglesias, Clara Janés Nadal, César Antonio Molina Sánchez, José Luis Puerto y Jesús Egidio Salazar, con Rubén Tostado González como secretario, otorgó por unanimidad al libro *El lugar en mí*, de Antonio Manilla, el XVIII Premio de Poesía Ciudad de Salamanca.



24
LOS VERSOS DE CORDELIA

El Lugar en Mí



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, noviembre de 2015

Edita: Reino de Cordelia

Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

© Antonio Manilla, 2015

Cubierta: Detalle de *Espanillo* (2014), de © José S.-Carralero



Este Premio de Poesía ha sido convocado
y organizado por la Fundación Salamanca
Ciudad de Cultura y Saberes
del Ayuntamiento de Salamanca

IBIC: DCF

ISBN: 978-84-15973-69-0

Depósito legal: M-33665-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Lugar en Mí

Antonio Manilla



Índice

PRÓLOGO	15
En un jardín plagado de quimeras	17
I VERANO	23
Regato	25
Dos sombras	27
Mundo revelado	29
Siesta	33
Sereno	35
Amigos	37
Golondrinas	39
Último verano	41
Velo rasgado	43
<i>FANAL</i>	45

II OTOÑO	47
Sobre un tema de Attilio Bertolucci	49
Anuncio del otoño	51
Desde La Collada	53
Otoño temprano	55
Juro que estaba alegre	57
Paseo junto al Torío	59
<i>Extended Autumn</i>	61
Fulgor	63
Heraldos	65
<i>FALSA ESPERANZA</i>	67
III INVIERNO	69
Hojarasca	71
Nido vacío	73
Un sitio junto al fuego	75
Tendejón	77
Preludio	79

Presentación	81
<i>PALABRAS DE VENTISCA</i>	83
IV PRIMAVERA	85
Emily sueña con alas	87
Teoría del universo	89
Grajillas y cuervos	91
En la estación creciente	93
Vilanos	95
Ruiseñor	97
Tormenta	99
Mata	101
Última claridad	103
<i>LLUEVE ABRIL</i>	105
EPÍLOGO	107
Alegrías perdidas	109

I was there.
Me in place and the place in me.

SEAMUS HEANEY

Prólogo

En un jardín plagado de quimeras

NO SABEMOS si irnos o quedarnos.

Si echar raíces
o dejarnos crecer las alas.

Un puñado de tierra entre las manos
es una carta sin remite,
una yedra enredada alrededor del aire.

La cacha de los viejos remueve entre las vías
la promesa caduca
del corazón de un ave

que se enredó en la grava,
atado a las espinas del otoño.

Es otra primavera.

Los aviones construyen
nidos bajo el alero: se mantienen
fieles al recoveco.

Hemos crecido aquí y dudamos.
Hemos crecido aquí,
en el rigor de inviernos seculares,
creyendo en la palabra de un verano
que nunca llega, o lo hace tarde —en moras
verdes en pleno agosto.

Huesos entre el légamo,
amapolas en las cunetas
y ríos que regresan con las lluvias.

Nos educaron en el desamparo
y la voz caudal de los filandones,
en la renuencia hacia el futuro
y a todo cuanto está
a la vuelta de otras esquinas.

Algunas noches que parecen sin mañana,
en el carbón sin esperanza de esas noches,
la voz de la nieve enuncia esta sospecha:
no es verdad nuestra vida,
bebemos en el cuenco de las manos
la ilusión de unas gestas que nunca fueron ciertas.

En los desvanes sin memoria,
fermenta el pan del desengaño.

Hay más renuncia a cuanto viene
en uno de nosotros que en todo el ancho mundo.
Mas ni siquiera osamos arrumbar
ese futuro: simplemente
vemos pasar trenes que no tomamos.

Sabemos que es cobarde
el corazón sin esperanza,
el corazón lastrado del peso del pasado.

Y, aun así, dudamos.

Hemos visto urogallos en la aurora,
remontar saltos a las truchas,
manchado nuestra piel
en la sangre de agrestes frutos.
Hicimos todo cuanto se esperaba:
bailamos ritmos ancestrales
embriagados por el licor de las leyendas.

Y todo lo olvidamos
en el amanecer de aquella edad
—flor de la inteligencia—
que se abrió de una vez
para siempre jamás.

Hay algo que añadir:
no fuimos engañados
por el relato de nuestros padres.

Eran sinceros al decir:
nuestras raíces beben el silencio.
No nos mentían:
venimos de una raza de pastores,
hay infinitos sueños
bajo un único cielo,
y tan solo se puede
imaginar que se es ribera y río.

Y, sin embargo...

Hemos crecido aquí.
En un jardín plagado de quimeras.

No sabemos si irnos o quebrarnos.

I

(Verano)

Regato

SON MESES sin noticias
de la lluvia en la tierra, sin noticias de ti,
regato improvisado
que dejas a mi puerta ese susurro
de bravura reunido en las laderas
que vierten hacia el valle.

Un agua turbia y pura pese a tanta
materia suspendida
y noches arrastradas y días navegando
hacia el seguro fin
de unirse con más agua nada más,
sin espejismos metafísicos.

Hace ya tiempo que no llueve y falta
a mi lado el humilde
ejemplo de tu vida imperturbable:
ese pasar de curso presuroso,
despreocupado como el sprint de unos niños
que corren con la cara contra el viento.

Dos sombras

EL TENEBROSO, pálido
latido de la luna.

Un círculo de piedras
alrededor del fuego.

Aroma de pinaza
y un río que discurre

dejando su canción
entre las peñas.
La noche movediza.

La noche encabalgando
el ocaso y la aurora.

Pavesas en el aire
ralentizando el tiempo.

Son —jóvenes amándose—
dos sombras que combaten

bajo
la populosa muchedumbre
de los inquietos astros.

Mundo revelado

La renovada muerte de la noche.

SALVADOR NOVO

Y esa sombra furtiva que corre entre las breñas
es la noche que huye.

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

ESTAMOS EN EL RÍO y amanece,
alzan su vuelo tímido
los primeros cristales que arranca el sol al agua.

La copa del aliso entreverado
mantiene en vilo al tiempo:
luz y sombra combaten
rama a rama, hoja a hoja, por lo mismo:
la ternura del verde, la plenitud del día,
la posesión del aire.

Es un litigio eterno que estremece
otra vez más el canto,

esa voz en cascada que desde la espesura
mil diminutas aves concertadas
elevan hacia el cielo, unísona y plural,
imprevista y común como un aplauso.

Con precisión de rito ese alboroto
celebra un fin —el sitio de la noche—
y anuncia una inminencia.

Pero conviene no engañarse:
el rito es algo humano, precisa de una fe
o una esperanza. El mirlo, los insectos,
la corteza del árbol, carecen de creencias
propiciatorias: nada más reciben al sol
igual que siempre, en un festejo y loa

del hecho de estar vivos,
una jornada más, sin saber de la vida
otra cosa que es reto y cierto arraigo.
Elemental presente indefinido
que al cabo no difiere en levedad
del existir consciente, con olvido y memoria.

Ni nos movemos mientras
todo se torna vínculo en la calma mañana,
acuerdo entre contrarios equilibrios:

exilio de la sombra al corazón del bosque,
a las cuevas profundas, a los esquivos huecos,
a los velados pozos sin vislumbre:
terrenos de inmanencia en donde al frío
resguardo del silencio primordial
se aletarga la noche;

exaltación de signos, alegría
de pormenor, perfiles sin contornos,
fervor de luz sin mácula
al proclamarse sobre el aire efímera
reina: victoria incruenta y vanidosa
como si su adjetivo no fuera transitorio.

Conformidad y pacto esta armonía
por la que todo ocupa su lugar
de mundo revelado.

Cada mañana funda la mañana
un orbe tras la liza,
un territorio en claridad y umbría,
latente y despejado,
perfecto en su medida combustión.

Paisaje de concordia que habitamos.

Siesta

Y A PASÓ la tormenta.
En un momento, el agua se adueñó
del mundo a la manera de ese hijo
que reclama atención con el chantaje
del llanto, para luego
dormirse entre los brazos. Nada más.
Algunas ramas altas arrancadas
por el viento a los chopos,
la fugaz turbidez en la hoz del río.
Después, un cielo inmensamente azul
y el cuerpo satisfecho del verano,
tras la lluvia imprevista,
que expande por el aire olor a tierra,
a piel lavada, a calmo sueño.